



El monje y la ciudad

Cuento escrito por Mateo Martínez

Érase una vez un joven monje que vivía en lo alto de una montaña, escondido en un antiguo templo. Era calvo, de buen porte, y vestía largas telas anaranjadas que ataba con cuerdas. Se pasaba el día meditando, tomando té, observando el cielo, escribiendo y leyendo, pues en el templo había muchos libros abandonados.

Cuando se aburría, salía a correr y volvía al caer la tarde, sólo para sentarse en una vieja mesa de roble a escribir, hasta que el cansancio lo vencía. Se acostumbró a esa vida de tranquilidad, tanto, que incluso se volvió receloso de su trabajo; no dejaba que nadie lo leyera, y lo conservaba únicamente para recitarlo al viento y a los pájaros que cantaban al escucharlo.

Había pasado allí varios años, repitiendo la misma rutina con apenas algunos cambios. Deseaba pasar el resto de sus días en Foguko, la montaña que se había vuelto su hogar. A pesar de la austeridad, ni siquiera pensaba en bajar a la ciudad. Según las leyendas, el lugar estaba repleto de seres oscuros y almas en pena que tomaban el cuerpo de los hombres, y les arrebataban sueños e ilusiones. Por esa razón, el aire de la ciudad era denso y cortante como la bruma, y sus habitantes preferían la helada soledad a la candente traición. En la montaña, en cambio, el aire era puro y los sueños se tornaban realidad, pues nadie podía juzgarlos

Pero un día despertó de un corto sueño, y se dio cuenta de que se había quedado sin papiro; no había un solo pergamino en todo el templo, ni tinta en los armarios; y peor aún, su



pluma se había roto. Ni con la mejor de las voluntades habría podido escribir, pues tampoco tenía cincel ni martillo para hacerlo sobre las columnas de mármol. Frustrado, no pudo tomar el té ni sentarse a leer; pasó todo el día pensando cómo solucionar la situación. Resignado, se dio cuenta de que tendría que bajar a la ciudad para comprar lo que necesitaba. De Foguko a Caimin, la ciudad más cercana, había una hora caminando; y de allí a la librería, otra más. Con eso en mente, se durmió recostado en la mesa.

A la mañana siguiente, tomó una pequeña bolsa y empacó lo más importante. Llevaba un termo lleno de agua fría, y otro más pequeño con té verde; también un libro, una toalla, y un pequeño rollito con dinero suficiente para comprar lo que necesitaba. Para la buena suerte, llevó un par de sus textos más queridos, un cuento dramático y una reseña. Los escondió entre sus ropas, temeroso de que alguien los robara. Luego, regó las flores del cuarto, y con un beso, se despidió de las columnas de su templo. Empezó su viaje entre bosques y prados, y caminó con los brazos abiertos al sol.

Después de una hora había llegado a Caimin, una moderna ciudad que chocaba con la tranquilidad y antigüedad de su templo. Había calles, carreras, avenidas, y los carros pasaban veloces, mientras la gente se reunía alrededor de los mercados y restaurantes. Hace años, lo único que le llamaba la atención de ese lugar, era la comida; pero ahora, tenía el estómago cerrado. Caminaba nervioso, evitando el contacto visual. Tomó la vía 66, luego la 12, y por último, la ruta al sur. Su destino era Ichiisei, una librería de tres pisos, fachada azul con verde, a donde llegó jadeante.

Al entrar, encontró gentes de todo tipo; desde estudiantes, hasta atareados oficinistas y profesores que tomaban dos y tres tazas de café. Al fondo había un pequeño



mostrador con pergaminos, tarros de tinta, plumas, carpetas y todo tipo de material de escritura.



Al lado, una mujer menuda, de rostro suave y piel morena, leía un libro, *Dali Violeta*, mientras bebía de una taza blanca. El monje se acercó. - “Buenos días”, dijo. - “Estoy buscando una caja



de pergaminos”. La mujer levantó la mirada y respondió mientras cerraba el libro –“No soy la dependiente, soy editora. Algunos ejemplares llegan con vicios de escritura, así que los corrijo”.



“¿En serio?”, preguntó el monje. “Yo soy escritor”, se le escapó. “Pero me he quedado sin papel, y así no puedo vivir”.



Se presentaron. Ella era Midori, él, Mako. “¿Trajiste algún texto?”, preguntó la mujer.



Él escarbó entre la túnica, y extrajo un par de escritos atados con nilón; y ella les dio una ojeada.



Ambos se sentaron en la mesa de la esquina, cerca del árbol, un samán, que emanaba un delicioso olor a miel. Midori extrajo de su bolso unas delgadas gafas negras y un lapicero, cuya



tinta estaba por acabarse. “Son un cuento y una reseña”, se adelantó el monje. Estaba nervioso,



pero una ilusión repentina lo invadió, por primera vez, su talento sería reconocido más allá de



Foguko. Tras revisar las primeras páginas, la mujer le hizo un par de apuntes, mientras susurraba:



“conectores y gerundios inoportunos por aquí... repeticiones por allá, y... puntuación, falta mucha puntuación”.



Al terminar, Midori se quitó las gafas con delicadeza y las envolvió en un paño verde; tapó



el lapicero, le entregó los manuscritos y sonriendo se despidió: “Nos vemos el viernes”. Mako



leyó los textos con una voraz ansiedad. Sus manuscritos mostraban una serie de círculos rojos, tachones y comentarios en las márgenes, algunos buenos y otros que le recordaban sus errores.



Al final del texto: “Tienes madera. Sigue trabajando”.



El monje caminó de vuelta al templo con sus manuscritos bajo el brazo. Se preguntaba si le habían devorado sus sueños ... o le habían dado otros.





Comentario al cuento el Monje y la ciudad

Comentario al cuento de Mateo Martínez, realizado por María José Castillo

“*El monje y la ciudad*” nos teletransporta hacia las remotas tierras del Oriente, en donde “Mako”, un monje amante de la escritura y la lectura se aislaba del caos de la ciudad. Este monje receloso y solitario, permanecía en las montañas de *Fokugo*, pero por situaciones del destino, se vio forzado a disturbar su paz y dirigirse a la ciudad, donde tendría la aventura de su vida.

El cuento tiene una narrativa que lleva al lector a conectarse con los sentimientos y sensaciones de su personaje principal, y nos regala multiplicidad de razones para entender, qué hacen sus personajes y por qué lo hacen. Personalmente lo encuentro cautivador por los tintes filosóficos proporcionados a lo largo de la historia. Estos demuestran la perspectiva del monje con respecto a la vida, principalmente con lo que el autor denomina “*la candente traición de la metrópoli*”.

Con frecuencia sucede que las historias llenas de detalles confunden a los lectores. Sin embargo, y para grata sorpresa, este relato no pierde el hilo temporal de la historia, y ningún hecho queda cronológicamente desubicado.

En cuanto al final, lo considero ambiguo, como generalmente sucede con este género literario, y debería explorar más los sentimientos del monje, porque no cabe duda de que “*El monje y la ciudad*” deja expectativas al lector; y ganas de saber lo que sucederá en el futuro de su peculiar personaje.



Mateo Francisco nos regala una narrativa excepcional, y a través de sus personajes, muestra miradas contrarias de la vida; además, que estamos a tan solo un paso de cambiar el rumbo de nuestras vidas. En definitiva, esta historia más que una simple lectura, es una experiencia completa.

Comentario al cuento el Monje y la ciudad

Comentario al cuento de Mateo Martínez, realizado por Manuela Reyes

El cuento *El monje y la ciudad*, escrito por el estudiante Mateo Francisco Martínez, nos transporta a una de las experiencias vividas por *Mako*, el personaje principal de la historia.

De la narración se resaltan varios aspectos. En primer lugar, aunque el vocabulario es de fácil comprensión; tal vez algunos términos sean desconocidos, pero el lector puede inferir significados por el contexto, o consultar su significado. Por otro lado, las características de los entornos describen momentos que se mueven entre el pasado y el presente, lo rural y lo urbano, la tradición y la modernidad. En cuanto a los personajes, se les identifica ciertas características y comportamientos: *Mako* es el discípulo, y la señorita *Midori*, la maestra y correctora de estilo. Por último, la trama y el final, expresan suspenso de lo que sucederá con el monje en la ciudad, y al regreso a su montaña.

En conclusión, "El monje y la ciudad" es un cuento bien logrado, y muestra cómo por medio de la narración, se pueden plasmar, con un poco de imaginación, ideas o experiencias que suceden en la realidad.